

La debilidad,  
un camino  
pascual según  
san Bernardo<sup>2</sup>

CuadMon 149  
(2004) 143 - 159

«O optanda infirmitas!» ¡Oh suspirada debilidad!  
¡Quien me concederá no sólo ser débil, sino ser deshecho y des-  
fallecer por completo a mí mismo, para llegar a ser estable por el  
poder del Señor! En efecto, la fuerza de Dios alcanza su apogeo  
en la debilidad<sup>3</sup>.

Este deseo, expresado en términos tan ardientes, puede asombrar en la pluma de san Bernardo, que ha entrado en la historia de la espiritualidad ante todo como testigo de las cumbres de la experiencia mística. No obstante, está sacado de una de sus obras maestras, precisamente de su obra mística por excelencia: el *Comentario al Cantar de los Cantares*. Cuando canta las dulzuras de la unión del alma con el Verbo, Bernardo no puede dejar de cantar al mismo tiempo lo que cree que son los triunfos de la debilidad humana.

<sup>1</sup> André Louf nació en Lovaina, el 28 de diciembre de 1929. En 1947 entró en la abadía cisterciense de Santa María del Monte (Francia), y después de su ordenación sacerdotal, cursó estudios en la Gregoriana y el Instituto Bíblico de Roma. Fue abad de Santa María del Monte de 1963 a 1997. Es un conocido autor de espiritualidad.

<sup>2</sup> Traducción del francés de *Collectanea Cisterciensia* 65 (2003) 5-20, realizada por María Graciela Sufé, osb.

Hemos utilizado las abreviaturas de Sources Chrétiennes para los *Sermones a los clérigos sobre la conversión* (Conv), los *Sermones sobre el Cantar* (SCt), los *Sermones diversos* (Div), los *Sermones sobre el Salmo «Qui habite»* (QH), las *Cartas* (Ep), los tratados *Del amor de Dios* (Dil), *Sobre la Gracia y el Libre Arbitrio* (Gra), *Los grados de la humildad y del orgullo* (Hum), *El Precepto y la Dispensa* (Pre), y el *Elogio de la nueva milicia* (Tpl). Para los *Sermones para el año*, se indica el nombre de la fiesta o del tiempo litúrgico (NdlR)

<sup>3</sup> SCt 34, 4. Cf 2 Co 12,9

## Vocabulario

Para designarla, toma prestado uno de sus términos favoritos de la Biblia latina sirviéndose de la raíz *infirmus* y de sus derivados. El uso relativamente frecuente que la Vulgata hace de esa raíz, le ha permitido apropiársela para trazar el plan de la estrategia espiritual que elaborará al respecto. *Fragilitas* y *miseria* son a menudo sinónimos de *infirmitas* pero, si este último término reviste una significación casi técnica en su pluma para designar la decadencia actual de la naturaleza humana herida por el pecado, ninguno de los dos primeros le parece que traen a la memoria reminiscencias escriturísticas suficientemente densas como para confiarles la misma función en su vocabulario. Por lo tanto, es más bien con las reminiscencias que la raíz *infirmus* evoca en él, como va a describir un proceso que, a sus ojos, es esencial e ineluctable en todo progreso espiritual.

Bernardo, a las palabras del mismo Jesús, pide prestada la breve sentencia con la que él, frente a su tentación decisiva en el jardín de Getsemaní, describe el tironeo interior que produce: «*El espíritu está pronto, pero la carne es débil*» (Mt 26,41)<sup>4</sup>. Bernardo recuerda frecuentemente como el Espíritu de Dios viene en auxilio de la debilidad (Rm 8,26) en pleno combate<sup>5</sup>. El comienzo de la primera carta a los Corintios le proporciona una de sus citas preferidas, donde Dios dice haber escogido lo que es débil a los ojos del mundo para confundir a lo que se cree fuerte (1 Co, 1,25-27)<sup>6</sup>. La segunda carta a los Corintios le ofrece otra cita más en el célebre «Himno a la debilidad» (2 Co 12,5-10), donde el Apóstol se gloria de sus debilidades, a fin de que la fuerza de Cristo habite en él; así la debilidad se convierte para él en el lugar donde esta fuerza puede desplegar todas sus virtualidades, de suerte que, concluye, *cuando estoy débil, es cuando soy fuerte*<sup>7</sup>.

<sup>4</sup> Ep 254, 1.5; 310; 458, 1; Pre 23; SCt 29, 7; 56, 2.

<sup>5</sup> Gra, 1; 41; Pre 31; Div 6, 2; 31, 3; 59; Octava de Pascuas 2, 4; Pentecostés 1, 5; 2, 5; 3, 8; Todos los santos 2, 3; Andrés 2, 4-5, SCt 61, 2.

<sup>6</sup> Tpl 27; Hum 25; Div 34, 2; 57, 1; Miércoles Santo 4; Ascensión 4, 4; SCt 48, 4; 73, 9.

<sup>7</sup> Ep 42, 17s; 176, 2; 254, 5; 345, 1-2; Hum 25-26; Div 3, 3; Vig. de Pedro y Pablo 4; SCt 25, 7; 29, 7; 34, 4.

## Una experiencia

Los acentos propios de Bernardo cuando hace el elogio de la debilidad dejan entrever que habla desde su experiencia. Y ante todo, habiendo tenido un cuerpo enfermo. Sabemos por sus biógrafos, en particular por Guillermo de Saint-Thierry, que debió soportar durante toda su vida las secuelas de una grave enfermedad cuyos primeros síntomas se le presentaron a partir del noviciado, y que se agravó súbitamente al comienzo de su abadiato. Se temió entonces una enfermedad incurable, e incluso la muerte. Una intervención apremiante de su amigo, el obispo de Chalons-sur-Marne, ante el Capítulo General, obtuvo para él un régimen de excepción. Durante un año Bernardo habitó por motivos de salud en una cabaña *fuera del claustro y de los límites del monasterio*<sup>8</sup>, donde fue enteramente liberado no sólo de la disciplina regular sino también de toda responsabilidad pastoral y material respecto de su comunidad<sup>9</sup>. Ese año de «licencia», pasado al margen del monasterio frente a un porvenir incierto, debió marcarlo en profundidad. Provisoriamente restablecido, la salud de Bernardo exigirá sin embargo siempre un régimen de excepción, hecho que su biógrafo no logra disimular, y que pesaba a veces sobre los hermanos como una muy *triste* [...] *necesidad*<sup>10</sup>. Las preocupaciones de su cargo y las que él asumía afuera, los incesantes viajes, los sinsabores también, no contribuían en nada a solucionar su afección, y su correspondencia, con el avance de los años, deja oír cada vez más quejas sobre su mala salud. A menudo dice de sí sufrir una *grave enfermedad*<sup>11</sup>. Un día hasta se verá obligado a interrumpir el capítulo y a retomar la continuación al día siguiente: *Mi debilidad me dice que me detenga*, confía a sus oyentes, *como me ocurre a menudo*<sup>12</sup>.

Además de esta enfermedad física, en el mismo momento se había abatido sobre él una crisis moral. Fue a la vez psicológica y espiritual, y afectaba a las relaciones de Bernardo con sus hermanos. Se había instalado una incompreensión recíproca, que comprometía la calidad de

<sup>8</sup> *Vita prima*, 1, 32

<sup>9</sup> *Ibid.*, 1, 32-33

<sup>10</sup> *Ibid.*, 1, 49. Guillermo se esfuerza en justificar, gracias a esta enfermedad providencial y a la vida «fuera del marco» que le impuso a Bernardo, las ocasiones de salida que lo conducirán fatalmente a tomar la palabra en el exterior.

<sup>11</sup> *Ep* 235 y en numerosos sitios de su obra.

<sup>12</sup> *Sct* 44, 8.

sus intercambios. Cuando Bernardo enseñaba, sus hermanos se sentían superados por lo que les proponía. Más grave aún, cuando éstos se confiaban a su abad, Bernardo no llegaba a captar lo que querían compartir con él. Guillermo de Saint-Thierry se esfuerza en interpretar el incidente por el lado más edificante. Según él, *dejando las alturas de una muy sublime contemplación*, Bernardo se habría expresado ante sus hermanos *en el lenguaje de los ángeles*. Y cuando sus hermanos se abrían ante él con las debilidades que son el lote de todo mortal, Bernardo no habría podido aceptar esas confidencias que juzgaba demasiado humanas en seres *que él creía que eran ángeles*. Cualquiera sea la interpretación benévola de Guillermo, el fondo del incidente es sin duda histórico, y atañe a nuestro tema. Si Bernardo, en un momento dado, tuvo el infortunio de acobardar a sus hermanos<sup>13</sup>, se debe a que sus exigencias y sus discursos reflejaban aún un ideal espiritual un tanto exacerbado e irreal. Esa crisis le fue saludable para hacerse cargo de su propia debilidad y de la de los demás. Le enseñó una comprensión más particular del *miserable y del pobre, del pecador penitente que implora el perdón*<sup>14</sup>. A partir de entonces se consagrará a esa obra de misericordia. Por enorme que pueda ser la falta de uno de sus monjes, jamás sus entrañas de padre se cerrarán ante él<sup>15</sup>. Para Bernardo, la misericordia será a tal punto irresistible que si, por un imposible, fuera un pecado, confiesa no poder contenerse en cometerlo<sup>16</sup>. Y el acento inolvidable con el que debió comentarla a menudo en el capítulo se ha condensado en un recuerdo al respecto, en una fuerte afirmación que le adjudica el *Gran Exordio*, a saber, que incluso Judas, si se hubiera hecho monje, habría encontrado misericordia ante el Señor<sup>17</sup>.

La debilidad descubierta junto a sus hermanos debió recordarle la suya propia. En su biografía del abad de Claraval, como hemos visto, Guillermo de Saint-Thierry se esfuerza en dar crédito a la imagen de un Bernardo a tal punto inocente y preservado de toda salpicadura de pecado, que las primeras aperturas de corazón de sus hermanos lo arrojan en un profundo desasosiego<sup>18</sup>. No obstante, numerosas confidencias del interesado en persona autorizan a matizar ese cuadro. Por un lado,

<sup>13</sup> *Vita prima* 1, 28

<sup>14</sup> *Ibid.* 1, 6, 29.

<sup>15</sup> *Ep* 79, 2; cf. 65, 1-2; 112; 414.

<sup>16</sup> *Ep* 70

<sup>17</sup> *Exordium Magnum* 2, 5

<sup>18</sup> *Vita prima* 1, 6-7; 29

Bernardo agradece a Dios haberlo protegido de numerosos pecados en su juventud, gracias a una «sana afectividad» que no permitió que ciertas tentaciones lo rozaran<sup>19</sup>. Pero, por otra parte, confiesa no haber conservado intacto el vestido de su bautismo<sup>20</sup>, haber cometido pecados sin número<sup>21</sup> y merecido el infierno<sup>22</sup>, sin que sea posible discernir hasta dónde su fogosidad oratoria lo arrastra en tales confesiones. De todos modos, reconoce haber experimentado la violencia brutal de tentaciones a las que estuvo, aunque parezca imposible, a punto de ceder<sup>23</sup>. Podemos, por otra parte, creer a su palabra cuando afirma ser más experto en describir los deslices que llevan al monje progresivamente hasta el abismo del orgullo, que en exponer las gracias que lo hacen subir hasta la cumbre de la humildad<sup>24</sup>. Algunos de sus tan penetrantes análisis no pueden ser más que la transcripción de lo que ha experimentado en su propio corazón.

### *En la historia de la salvación*

Este estado presente de debilidad no es el que existía en el origen en el designio de Dios; no es original<sup>25</sup>, pero sigue a la caída de Adán. A Bernardo le gusta detallar sus funestas consecuencias: el hombre se vuelve *mentiroso, miserable, impotente, incapaz de salvarse o de salvar a los otros*<sup>26</sup>. Y se lamenta: *¡Ay! ¡Qué triste y doloroso cambio! El que era invitado al cielo, señor de la tierra, ciudadano de lo alto, familiar del Señor de los ejércitos, hermano de los espíritus bienaventurados, coheredero de las Potencias celestes, se encuentra súbitamente cambiado en un animal de establo, semejante al ganado, necesitado de heno, y encadenado a un pesebre*<sup>27</sup>. Las consecuencias de ese cambio están siempre presentes: en adelante, *sufrimos sed, hambre, estamos*

<sup>19</sup> Sexto domingo después de Pentecostés 2, 1

<sup>20</sup> SCt 45, 2

<sup>21</sup> Div 22, 7

<sup>22</sup> Sexto domingo después de Pentecostés 2, 3.

<sup>23</sup> Ibid. 2, 1

<sup>24</sup> Hum 24-27; 57.

<sup>25</sup> Sent 3, 69

<sup>26</sup> Hum 9.

<sup>27</sup> SCt 35, 5

mal, somos agobiados por enfermedades y terminamos por morir<sup>28</sup>. Aún cuando el libre albedrío le sigue perteneciendo<sup>29</sup>, en adelante el hombre no es más que una caña agitada por el viento de las tentaciones<sup>30</sup>, incapaz de discernir entre el bien y el mal<sup>31</sup>, de obedecer a una ley, cualquiera que sea<sup>32</sup>. El paladar de su corazón se ha vuelto insensible al sabor de las cosas de Dios<sup>33</sup> e ignora la dulzura del yugo de Cristo<sup>34</sup>. Sus potencias afectivas se han corrompido<sup>35</sup>, la fina punta de su espíritu se ha debilitado<sup>36</sup>. Hasta los hombres buenos *caen a menudo*, arrastrados al pecado, siete veces al día<sup>37</sup>.

A pesar de este cuadro poco brillante, tan a menudo confirmado por hechos muy poco gloriosos, Bernardo invita incansablemente a su lector a no dejarse desanimar ni aplastar por esta debilidad, a no estar *sin cesar obnubilado por ella y a toda hora dispuesto a hacer el relato de los sufrimientos que le inflige*, [...] *dispuesto a caer en la desesperación, víctima de la angustia*<sup>38</sup>. Más aún, esta debilidad puede cambiarse en una oportunidad extraordinaria de crecimiento espiritual. Él va a llamarla hasta buena<sup>39</sup>, útil, dado que sólo quien se sabe enfermo llama al médico; por lo tanto, muy saludablemente es debilidad, pues sólo Dios podrá remediarla<sup>40</sup>. El amor puede *servirse de la debilidad en vistas de la salud, al menos por el momento*<sup>41</sup>. En consecuencia no es necesario disimularla, por el contrario, es importante conocerla y mirarla apaciblemente de frente. Todo esfuerzo por ocultarla, a los propios ojos o a los ojos de los demás, sería sospechoso y no podría más que servir de velo hábilmente arrojado sobre la presunción de una perfección que no correspondería a ninguna realidad<sup>42</sup>. A los

<sup>28</sup> *Sermones varios, Adviento 1.*

<sup>29</sup> *Gra 40-41*

<sup>30</sup> *Sen 3, 96.*

<sup>31</sup> *Div 34, 6.*

<sup>32</sup> *Ep 462, 2.*

<sup>33</sup> *Todos los santos 1, 11.*

<sup>34</sup> *Pre 23.*

<sup>35</sup> *Ascensión 1, 3; Ep 11, 9; Dil 40*

<sup>36</sup> *Div 3, 6; Adviento 1, 8.*

<sup>37</sup> *Div 124, 1.*

<sup>38</sup> *QH 1, 2-3*

<sup>39</sup> *Pedro y Pablo 3, 3.*

<sup>40</sup> *Conv 12.*

<sup>41</sup> *QH 8, 11*

<sup>42</sup> *Pre 23*

ojos de Bernardo, semejante presunción que pretendiera ignorar la propia debilidad, constituiría el primer grado de un descenso inexorable en el relajamiento y en la caída<sup>43</sup>.

La razón de todo esto es simple: en la pedagogía de Dios, uno aprende a hacer progresos a partir de la debilidad, a ejemplo de Jacob en el momento de su combate desigual con el ángel, pasaje bíblico importante sobre el que vamos a volver. Pero, sobre todo, a ejemplo de Cristo cuya existencia terrestre debía precisamente desposarse con toda la debilidad humana, a fin de insertar en ella el poder de Dios. La fuerza pedagógica que Bernardo atribuye a la debilidad encuentra su fuente en la debilidad humana que Cristo ha venido a asumir en el momento de su Encarnación. Ésta se prolonga en este mundo en la vida y la muerte de los creyentes que, por el bautismo, han sido injertados a Cristo para reproducir sucesivamente todas las etapas de su vida terrestre. Bernardo pone en la boca del Hombre-Dios estas palabras dirigidas a cada uno de nosotros: [Todo esto se ha producido] *para que mi concepción purifique la tuya, que mi vida instruya tu vida, que mi muerte destruya tu muerte, que mi resurrección adelante tu resurrección, que mi ascensión prepare tu ascensión, en fin, para que el Espíritu venga en auxilio de tu debilidad*<sup>44</sup>.

Mostrándose débil como nosotros, Cristo ha querido hacerse más cercano a nosotros<sup>45</sup>, más fácil de amar, puesto que su omnipotencia estaba provisoriamente velada<sup>46</sup> y el resplandor de su majestad se encontraba acomodado a nuestros ojos enfermos<sup>47</sup>, *dulce consuelo* para los enfermos que somos nosotros<sup>48</sup>. Pero hay más: Cristo ha querido ser mucho más que un simple ejemplo. Tomando sobre sí nuestras enfermedades, las ha penetrado para tener él mismo la experiencia efectiva de ellas. Él ha querido *conocerlas por experiencia*, precisa Bernardo, hacerse capaz de una verdadera compasión<sup>49</sup>, *sentir en su propio cuerpo la experiencia de nuestra enfermedad y de nuestra corrupción*<sup>50</sup>, más particularmente en el momento de sus tentaciones que lo cubrieron literalmente de la vergüenza de nuestra mise-

<sup>43</sup> QH 11, 5

<sup>44</sup> Pent. 2, 5.

<sup>45</sup> Hum 9.

<sup>46</sup> Div 29, 3.

<sup>47</sup> Adviento 1, 8.

<sup>48</sup> SCt 20, 3.

<sup>49</sup> Sermones varios, Epifanía 4-5.

<sup>50</sup> SCt 56, 1

ria<sup>51</sup>. Así, con toda verdad llegó a ser aquel que Isaías predijo como *hombre de dolores y familiar de la debilidad*<sup>52</sup>.

Su experiencia de la debilidad no se acaba allí. Si Cristo vino a atravesarla, lo hizo para, según el designio de Dios, resurgir de ella más fuerte que nunca. Esta enfermedad -¡la nuestra!- le fue, hablando con propiedad, útil<sup>53</sup>; ella debía transformarse en *infirmas roborans*, en *enfermedad fortificante*<sup>54</sup>. Porque contenía en sí misma una fuerza que estaba llamada a desplegar toda su potencia a través del abajamiento de la Pasión<sup>55</sup> y la gloria de la Resurrección. Es en la Pascua de Cristo donde la debilidad es misteriosamente transformada en gloria. Es allí donde Cristo se despoja de todo lo que había de débil en él para ceñirse de fuerza<sup>56</sup>, y para arrojar a los pies la muerte humana que la debilidad de su carne le había hecho contraer<sup>57</sup>. Su debilidad extrema, claramente manifestada en la angustia y el desánimo que lo invadieron cuando su agonía, fue mucho más gloriosa que la bravura con la que habría podido hacerle frente, a ejemplo de los héroes de la antigüedad<sup>58</sup>. Precisamente el lugar de su debilidad paradójicamente se convirtió para él en el lugar de su gloria.

### *Un largo itinerario*

El recorrido del cristiano no será diferente. También para él la experiencia de la debilidad llegará a ser un día a la vez ineluctable y altamente saludable. ¿Acaso podría haber por otra parte un camino diferente para acercarse a Dios? Bernardo cree que no. Otro recorrido, o algún otro *circuito* como lo llama él, sería extremadamente largo y exigiría trabajos y sudores sin fin<sup>59</sup>.

El primer lugar donde Bernardo confiesa haber experimentado su debilidad ha sido en la monotonía totalmente trivial de la vida claus-

<sup>51</sup> *SCt* 28, 2.

<sup>52</sup> *Hum* 9; *Sent* 3, 70.

<sup>53</sup> *Tpl* 27

<sup>54</sup> *Missus Est* 2, 9.

<sup>55</sup> *Div* 57, 1-2

<sup>56</sup> *SCt* 57, 8.

<sup>57</sup> *Div* 57, 2.

<sup>58</sup> *Andrés* 1, 5.

<sup>59</sup> *Dil* 20.



tral de todos los días, y en la sequedad que de ordinario trae como resultado: *Una languidez ha invadido mi alma, mi espíritu se ha vuelto obtuso y experimento una inercia desacostumbrada. Yo corría muy bien y resulta que una piedra de tropiezo se ha aparecido en mi ruta. Me topé con ella y me he venido abajo. [...] No me gusta más ningún salmo, ya no me dice nada leer, tampoco encuentro ninguna alegría en la oración [...]. Entonces, ¿dónde se ha ido la embriaguez del Espíritu? ¿Dónde están [...] la paz y el gozo en el Espíritu Santo? Me encuentro perezoso para el trabajo manual, somnoliento en las vigili­as, rápido en montar en cólera, tenaz en mis rencores*<sup>60</sup>. Vemos pues aquí a Bernardo reducido a su más simple expresión frente a Dios.

Para reconciliarse con la gracia, un solo camino es seguro: abajarse, hacerse muy pequeño, desposarse con la propia debilidad. Bernardo deberá aprenderlo progresivamente. *Porque es un secreto, escribe, que no ha sido confiado más que a los amigos. Por supuesto, el Señor es elevado, sublime, pero no es bajo esa forma como se nos propone. Su grandeza es objeto de alabanza, pero no puede ser imitada [...]. Si fuera la grandeza lo que se nos propusiera, ¡qué no harían los hombres para subir hasta ella! Se atropellarían, se pisotearían cruelmente. Se arrastrarían sin pudor por el suelo, se abrirían paso a pies y manos para izarse más arriba y para caminar sobre la cabeza de sus vecinos. Pero no es ese el combate que el Señor espera de nosotros. Todo es infinitamente más simple. Jesús nos pide que aprendamos una sola cosa de él: que es manso y humilde de corazón. Y san Bernardo llega a concluir su exposición con una de esas fórmulas bien impactantes que quedan grabadas para siempre en la memoria del lector: *Humiliare et apprehendisti! ¡Abájate pues, hazte muy pequeño, y ya lo has atrapado!*<sup>61</sup>.*

Todo esfuerzo espiritual estará entonces irremediabilmente impregnado por la experiencia de una cierta dosis de debilidad, sin la cual sería no solamente irrealista, sino también extraño al espíritu del evangelio. Al comentar en su tratado *De la humildad y del orgullo* la escala que san Benito ha erigido en su Regla para uso de sus monjes, Bernardo comienza por sentirse presa del desánimo: *Yo veo ya al Señor, escribe, que desde lo alto se inclina hacia mí. Exulto al escuchar su voz. Él me llama, yo quiero responderle. Tú, Señor, tú tenderás tu mano a tu creatura [...], pero yo soy un escalador lento, un caminante perezoso, busco rodeos [...]. Recen por mí, -se dirige ahora a sus monjes- ustedes que comparten mis progresos, [...] recen al Todopoderoso para que fortifique mi pie perezoso*<sup>62</sup>. Esta escala de humildad le recuerda

<sup>60</sup> SCt 34, 8.

<sup>61</sup> Cuaresma 2, 1.

<sup>62</sup> Hum 24.

aquella que se le apareció en sueños a Jacob (Gn 28,12). Ahora bien, Jacob, como sabemos, después de haber luchado toda una noche contra un ángel misterioso, había triunfado en la lucha, pero no sin antes haber sido herido en la cadera, ni sin mantener esa minusvalía por el resto de sus días (Gn 32,26-33). Para la mirada del abad de Claraval, esa herida en la cadera, que nos torna enfermos delante de Dios, constituye más bien una oportunidad. Está convencido de que nuestro progreso en la experiencia de Dios depende, no de nuestras fuerzas, sino más bien de esa debilidad lealmente confesada: *¡Oh! ¡Ojalá que el ángel toque y reseque el nervio de mi cadera, a fin de que comience tal vez a hacer progresos a partir de esa enfermedad, yo que no puedo más que desfallecer cuando obro a partir de mi fuerza! Bien he leído en Pablo: «Lo enfermo para Dios es más fuerte que los hombres» (1 Co 1,24). Y el mismo Apóstol se queja del nervio de su cadera que el ángel de Satán había herido. Y recibió como respuesta: «Te basta mi gracia» (2 Co 12,9)<sup>63</sup>. Y ahora, siguiendo siempre la pluma de Bernardo, nos hace la descripción pintoresca, pero espiritualmente muy densa, de su subida a lo largo de la escala, imagen sugestiva del esfuerzo humano siempre desfalleciente en su diálogo con la gracia: *Apoyándome fuertemente sobre el pie de la gracia, y arrastrando suavemente detrás de mí mi pie enfermo, subiré con seguridad la escala de la humildad [...] hasta desembocar en los anchos espacios del amor. [...] Es así [...] como uno sube esta empinada escala, un pie después del otro, y que, de un modo asombroso, uno llega más seguramente rengueando, aunque más perezosamente<sup>64</sup>. Llega más seguramente rengueando, es decir, teniendo en cuenta al pie enfermo que sin cesar tiene necesidad de ser curado por la gracia.**

Si la tentación es el lugar donde cada uno es dolorosamente enfrentado con su debilidad, ésta no es asumida con la ayuda de nuestras propias fuerzas, sino por la sola misericordia de Dios, según el designio de su amor particular por cada uno. Así la misericordia a veces *ahorra la prueba a nuestra debilidad*, y otras veces da la fuerza para resistirla; es ella también quien, en raros casos, cura completamente de la debilidad, de manera que ninguna tentación puede en adelante perturbarla<sup>65</sup>. Abandonada a sí misma, nuestra debilidad no está en condiciones de vencer a la tentación. Desde que la tentación aflora, es preciso por lo tanto invocar sin tardar el auxilio del Espíritu *con gemidos, suspiros y lágrimas*<sup>66</sup>.

---

<sup>63</sup> Hum 25.

<sup>64</sup> Hum 26.

<sup>65</sup> Div 13, 4.

<sup>66</sup> Div 31, 3.

Aun cuando no existe ninguna fatalidad por la cual debiéramos sucumbir, el alma no puede resistir a la tentación más que *con la condición de ponerse a clamar auxilio con el salmista: Sáname y seré sanado*<sup>67</sup>. La tentación se convierte así en el lugar de donde brota la oración. Al permitirle Dios no persigue otro objetivo más que el de arrinconarnos para que nos volvamos hacia Él, a fin de que nos sintamos cada vez socorridos de nuevo por Él. Así podremos acostumbrarnos progresivamente a un Dios bueno y misericordioso, y terminar por amarlo a causa de Él mismo: *Si la prueba se presenta frecuentemente, el alma se volverá también frecuentemente hacia Dios, y será frecuentemente liberada por Él. De manera que, ablandada en numerosas oportunidades y, por decirlo así, enternecida por el contacto con la gracia de Aquel que la libera, [...] terminará por amar a Dios, ya no a causa de ella misma, sino a causa de Él*<sup>68</sup>.

Por lo tanto, no tiene por qué enloquecerse a causa de experimentar tan a menudo su debilidad. Bernardo aconseja al monje acechado por el desánimo ante cada experiencia aguda de su pobreza y que se descubre servidor inútil, *que se refugie de la justicia en la misericordia*<sup>69</sup>. En otra parte, cuando comenta la parábola de los obreros de la undécima hora, se dirige en estos términos a los de la primera hora: *Acumulen pues méritos, tanto como quieran, hagan asentar sus sudores, pero la misericordia vale mucho más. [...] Yo lo confieso: por mi parte, no he soportado el peso del día ni del calor, pero soporto un yugo mucho más suave y ligero, gracias a la benevolencia del Padre de familia. Mi trabajo no ha durado más que una hora, y si por ventura trabajé más, no lo sentí porque trabajaba por amor*<sup>70</sup>.

La conclusión se impone. Si nuestros méritos son méritos verdaderamente, son fruto de nuestra debilidad levantada por la misericordia: *Todo mi mérito será la misericordia de Cristo*, dirá otra vez, agregando: *Yo no soy privado de méritos largo tiempo así como él no se priva de la misericordia. Si las misericordias del Señor son numerosas, mis méritos lo son otro tanto. Incluso cuando yo soy consciente de haber pecado mucho, no es menos cierto que allí donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia*<sup>71</sup>. En otro lugar, reincide confesando a la vez su pecado y la misericordia de Dios: *He cometido un gran pecado, gime, mi conciencia está turbada, pero no hasta descorazonarme*

<sup>67</sup> Div 32, 3.

<sup>68</sup> Hum 26.

<sup>69</sup> Hum 18

<sup>70</sup> SCt 14, 4.

<sup>71</sup> SCt 61, 5.

porque [...] me apodero de lo que defeciona en mí mismo lleno de confianza en las entrañas del Señor que desbordan misericordia y que pueden derramarla a través de las aberturas de que disponen. Esas aberturas son, para Bernardo, las llagas del Señor, que son como rajaduras a través de las que puede *chupar miel del peñasco y aceite de la piedra dura, es decir gustar y ver cuán dulce es el Señor*<sup>72</sup>.

Lleno de confianza a pesar de su pecado, acaba de decir Bernardo: *fidenter, lleno de fe*. Para él también, son la fe y la confianza absolutas en la misericordia que salvan al hombre. *Sola fides*, repetirá también<sup>73</sup>, creando así la fórmula que Lutero retomará después de nuevo -es cierto que en un contexto teológico diferente- e insiste una vez más: *Incluso cuando la sabiduría nos falta, cuando nuestra justicia no es suficiente y cuando todos nuestros méritos de santidad sucumben*, es decir cuando la debilidad parece haberse instalado definitivamente en nosotros. Porque la misericordia es el buen olor que se desprende de Cristo y, al comentar un versículo del *Cantar de los Cantares* (1,3), Bernardo agrega: *Alistémonos entonces todos: corramos al olor de tus perfumes*. Los pobres y los débiles de la Biblia acuden allí en su seguimiento, y llega a citar en desorden a: David, Nicodemo, María Magdalena, Pedro y al publicano. *Es precisamente a causa de tu dulzura que corremos tras de ti, Señor Jesús, sabiendo que tú no menosprecias a los pobres, que no te horrorizas del pecador. No has deshonrado al ladrón que se confesaba, ni a la pecadora que lloraba [...], ni a la mujer sorprendida en adulterio [...], ni al publicano que te suplicaba, ni al discípulo que te negó [...], ni a aquellos mismos que te miran en la cruz. Atraídos por sus perfumes todos nosotros corremos en tu seguimiento*<sup>74</sup>.

### *El modo bueno de pecar*

Tenemos aquí la situación paradójica del pecador; si no hay otros méritos más que la misericordia del Señor, apenas cuenta la diferencia entre ser justo o pecador. Incluso en cierto sentido, los más débiles y los más pobres se encuentran en una situación privilegiada, porque es en ellos en quienes Dios renueva de preferencia las maravillas de su amor. Con ese espíritu es necesario leer un pasaje sorprendente donde el abad de Claraval detalla lo que podría denominarse «Manual del buen

<sup>72</sup> SCt 61, 3-5

<sup>73</sup> IV Dom. después de Pent. 3; SCt 22, 8.

<sup>74</sup> SCt 22, 8-9

pecador». Lo encontramos en la segunda homilía que dedica al *Salmo* 90. Es que, según san Bernardo –quien fue seguramente uno de los analistas más penetrantes de la psicología del pecado y del arrepentimiento-, existen dos modos de cometer el pecado: uno que él llama malo, y otro que, para nuestro asombro, sería el modo bueno, o por lo menos una manera mejor. Señala primero dos modos que califica como malos. Cuando caen en el pecado, algunos caen al mismo tiempo en la vergüenza y en una mórbida culpabilidad; o bien, por el contrario, otros caen en la desvergüenza y en la desfachatez. El primer caso es el del escrupuloso que se acusa sin fin pero en vano; el segundo, el del pecador público que hace alarde y llega hasta a defender su pecado.

El «modo bueno» de pecar, si se nos permite hablar así siguiendo a Bernardo, es totalmente diferente. El abad de Claraval lo explicita comentando una cualidad que el *Salmo* 90 atribuye a Dios: allí se dice que Dios es el *Susceptor* del hombre, es decir, el que lo recibe, incluso en el momento del pecado. Bernardo une ese título de Dios con el versículo 24 del *Salmo* 36: «Si el justo tropieza, no cae», *quia Dominus supponit manum suam*; literalmente: «porque el Señor extiende su mano por debajo de él». Cuando se tropieza, importa entonces apuntar a las manos de Jesús, extendidas por debajo de nosotros, para entregarnos sin temor a Él, incluso en el momento de la caída: *Es Él el susceptible*, -el que nos recibe- *de suerte que, incluso cuando nos caemos, no somos aplastados, porque él mismo extiende la mano por debajo de nosotros [...]. Esforcémonos para que la mano del Señor nos reciba en el momento de nuestra caída. Es preciso que cada uno de nosotros caiga de tanto en tanto. [...] Pero hay quienes al caer quedan aplastados, y otros que no, porque el Señor ha extendido la mano por debajo de ellos [...], por eso ellos se levantan más fuertes [...]. Caen en las manos del Señor y para ellos el pecado mismo coopera a su santidad. Porque sabemos que para los que aman a Dios, todo coopera para su bien<sup>75</sup>. ¿Acaso esa caída no coopera a su bien si los hace más humildes y más cuidadosos? Y Bernardo llega a concluir: es en la tentación, en el momento en que cada uno experimenta su debilidad, cuando uno puede con toda verdad dirigirse a Dios como a su *Susceptor*: *Porque Él está de tal manera dispuesto a recibir al que cae [...] que da la impresión de haber abandonado a todos los demás para no ocuparse más que de él<sup>76</sup>.**

La imagen y el comentario que Bernardo realiza parecen audaces. Sin embargo, no es el inventor. El título de *Susceptor* aplicado a Dios lo ha

<sup>75</sup> Rm 8, 28.

<sup>76</sup> QH 2, 1-2.

encontrado en la pluma de san Agustín quien lo utiliza extensamente, en particular en su comentario del *Salmo* 90. Pero la aplicación del *Salmo* 36, versículo 24, al pecador que se deja caer en las manos de Dios se encuentra en dos pasajes de san Juan Casiano cuya obra era escuchada cada tarde por todos los monjes en el capítulo. Esos pasajes debieron impresionar a san Bernardo quien los utiliza en un contexto muy cercano al de su fuente. En el primer caso, Casiano habla también del monje que cae sin ser aplastado por su caída. ¿Por qué?, se pregunta. *Porque Dios ha extendido su mano por debajo de él. Y comenta: Esto quiere decir claramente que ningún justo es capaz por sí mismo de adquirir justicia, a menos que la divina misericordia extienda a cada instante la mano por debajo de él, para apoyarlo cuando se tambalea, a fin de que, tendido por tierra, no perezca completamente, cuando es tirado al suelo a causa de la debilidad de su libre arbitrio*<sup>77</sup>. En el segundo pasaje, Casiano trata de nuevo del justo que ha caído, pero cuya caída no lo turba, *porque no cesa de ser santo después de su caída si reconoce que no puede ser justificado poniendo su confianza en sus obras y si cree no poder ser liberado de las numerosas cadenas del pecado más que por la sola gracia del Señor, repitiendo sin cesar con el Apóstol: ¡Desdichado de mí! ¿Quién me librá de este cuerpo de muerte?*<sup>78</sup>.

El secreto de esta debilidad que cambia en fuerza yace en la humildad que hace nacer en el alma. No la humildad en el sentido más tardío del vocablo, en el sentido de la pobre opinión que uno puede tener de sí, sino la humildad que corresponde a una situación material o espiritual realmente humilde y abajada. Nuestra debilidad nos lo enseña, día tras día. En la pluma de Bernardo, la humildad es, por lo demás, muy simplemente sinónimo de enfermedad. Así es como comenta el célebre texto de Pablo: «*El poder se despliega en la debilidad*» (2 Co 12,9), *es decir en la humildad*<sup>79</sup>, agrega. Y aún más, la humildad es la fuerza que volverá a la debilidad espiritualmente eficaz, porque se identifica con el poder que obraba en Cristo<sup>80</sup>. Porque también en él, era una *virtud llamada a llegar a ser perfecta en el abajamiento*<sup>81</sup>.

Al igual que Cristo, el monje no podrá progresar más que teniendo la experiencia de su propia enfermedad. Pero, por sí sola, esta toma de conciencia no es suficiente. Muchas personas han tenido que atravesar

---

<sup>77</sup> Conferencias 3, 12.

<sup>78</sup> Conferencias 22, 13.

<sup>79</sup> Ep 42, 17.

<sup>80</sup> Hum 26.

<sup>81</sup> Div 57, 2.

humillaciones sin por ello volverse humildes, sin *transformar la humillación en verdadera humildad y poder decir con el salmista: «Es bueno para mí que me hayas humillado»* (Sal 118,71)<sup>82</sup>. Otra cita bíblica particularmente apreciada por Bernardo y que quizás debe también a su lectura de Juan Casiano quien la pone explícitamente en relación con la experiencia de la debilidad. Para este último, la experiencia que tiene el hombre de sentirse abandonado por Dios puede llegar a ser para él una oportunidad si le permite *sentir al fin su debilidad y poder decirse: «Es bueno que me hayas humillado»*<sup>83</sup>. Bernardo incluso insiste: siempre es con alegría, *cum hilaritate*, como es conveniente repetir el mismo versículo del salterio<sup>84</sup>. Y también, hay que hacer de la propia debilidad un motivo para dar gracias: *Es preciso dar gracias de los pecados*<sup>85</sup>. ¡La debilidad se ha convertido en un paso hacia Dios, en una verdadera Pascua, y el pecado, en una ocasión de acción de gracias! ¡Esto viene a unirse con la alegría de la noche de Pascuas donde la liturgia latina se atreve a cantar, por boca de san León, la *felix culpa*, la «dichosa falta», y también el «pecado absolutamente necesario de Adán»!

Sin embargo, la debilidad, aunque no quita la libertad, como hemos visto, aunque a veces puede justificar una observancia monástica menos rigurosa<sup>86</sup>, nunca debe convertirse en pretexto para ceder descaradamente a las tentaciones<sup>87</sup>. Defender desvergonzadamente el pecado sería el otro modo «no cristiano» de pecar, tan funesto como el de dejarse aplastar por un sentimiento excesivo de culpabilidad<sup>88</sup>. Bernardo se siente obligado a subrayarlo, a fin de quitar toda ambigüedad en el espíritu de sus lectores, debido a sus repetidas alabanzas con respecto a la debilidad, y mucho más dado que Pedro Abelardo se había hecho entonces el defensor de un pecado de debilidad, que había parecido justificar, al menos según lo que Bernardo había creído comprender o había escuchado decir, posición que en su tiempo había denunciado firmemente ante la autoridad eclesiástica<sup>89</sup>.

<sup>82</sup> SCt 34, 2-3.

<sup>83</sup> Conferencias 4, 6.

<sup>84</sup> Ep 72, 7; cf. Hum 27, 3; Div 3, 3.

<sup>85</sup> Sent 3, 101. 124.

<sup>86</sup> Ep 7, 19. La idea se encuentra también en Juan CASIANO: Conferencias 17, 20s.

<sup>87</sup> Esteban-Juan-Inocentes 3.

<sup>88</sup> QH 2, 1-2.

<sup>89</sup> Ep 188, 2. Cf. Pedro ABELARDO, Ética I, 2.

## Encontrar a Dios en la propia debilidad

Atreverse a mirar de frente a la propia debilidad, sin miedo pero también sin temeridad, no es un reflejo espontáneo, ni siquiera en los santos. En el *Sermón 34* sobre el *Cantar*, Bernardo hace una lista impresionante de figuras bíblicas que son despreciadas en un primer momento y que se encaminan espontáneamente a un grado muy elevado de intimidad con Dios, y que la pedagogía divina con bondad ha reprendido, humillado, reducido al último grado *por el cual*, escribe, *habría sido necesario comenzar*: Moisés, Job, David, la esposa del *Cantar*, los dos hijos de Zebedeo, la Cananea, María Magdalena; e incluso, y no quien lo experimenta menos, el mismo Simón Pedro. Nada más normal, comenta el abad de Claraval: *Porque quien ambiciona cosas elevadas debe primero sentir su debilidad. [...] Tú, pues, si te parece que se te humilla, tómallo como un signo favorable, como prueba de que la gracia está cerca*<sup>90</sup>.

Un abajamiento semejante, incluso el que Dios toma a su cargo, sigue siendo, con todo, doloroso. Es una *curatio*, un tratamiento médico, explica Bernardo, y un tratamiento penoso. ¿Cómo hacer para sobrevivir al acontecimiento sacando fruto de él? ¿Uno no corre el riesgo de quedarse pobre y pequeño? ¿Cómo abajarse sin peligro para sí?, se pregunta. Existe una sola solución: *Es necesario que el hombre se adhiera a ese Dios que lo abaja, que no oculte la humillación a sus propios ojos, sino que colabore con Dios que está abajándolo, con toda la ternura de su amor de hijo*<sup>91</sup>. Colaborar con Dios que nos vuelve muy pequeños en la debilidad, aceptar amorosamente el dolor del abajamiento porque es causado por un padre que nos ama infinitamente, es, justamente lo que el pecador endurecido no sabe todavía hacer, pero que tampoco sabe hacer el justo endurecido, si me atrevo a llamarlo así, que vela su debilidad a sus propios ojos, y escapa al mismo tiempo a ese amor.

Por otra parte, Dios se torna particularmente cercano a un corazón así quebrantado por la humillación de su debilidad. Bernardo lo recuerda recurriendo al primer versículo del *Libro de la Sabiduría*, que le es muy querido: *Sentite de Domino in bonitate (Sb 1,1)*. Si ustedes experimentan humillación, *experimentan también la bondad del Señor, como pueden leerlo en el Sabio*. Y comenta: *Escucha pues cómo Dios en persona suaviza la amargura de un corazón quebrantado, cómo llama del abismo de la desesperación al*

<sup>90</sup> SCt 34, 1.

<sup>91</sup> Div 20, 5.



que se descorazona, cómo consuela con la miel de una promesa dulce y leal al que está triste, cómo levanta al que ha perdido confianza<sup>92</sup>.

Finalmente, al término de su vida y cuando está a punto de dejar inacabado su análisis de los caminos místicos que constituyen las últimas páginas de su comentario del *Cantar de los Cantares*, Bernardo explicitará, en términos particularmente audaces, cómo ninguna debilidad, ninguna humillación, incluso ningún pecado, deben jamás quitar a la esposa la esperanza de ser admitida un día en la intimidad de los esponsales divinos. Llega a afirmarlo por última vez solemnemente, en un texto donde deja curso libre a su lirismo oratorio: la unión mística es ofrecida a todos, incluso al más débil y al más miserable de los pecadores. *Toda alma aun la cargada de pecados, endurecida en el vicio, atrapada por las seducciones, cautiva en el exilio, esclava de su cuerpo, pegada al lodo, hundida en el fango, prisionera de sus miembros, devorada por inquietudes, distraída por negocios, replegada sobre sus angustias, afligida por dolores, perdida en el error, angustiada por preocupaciones, inquieta y desconfiada, y, además, extraña en país enemigo y que, según el profeta, ya se pudre en compañía de los muertos y que es enviada con los que están en el infierno, toda alma, digo, incluso condenada y presa de la desesperación, toda alma, puede encontrar en ella no solamente cómo respirar en la esperanza del perdón y de la misericordia, sino también cómo atreverse a aspirar a las bodas del Verbo, cómo no tener miedo de concluir con Dios un pacto de comunión y llevar con el Rey de los ángeles el yugo suave del amor*<sup>93</sup>.

Texto resplandeciente de audacia mística, de confianza enamorada y también ciega, donde uno estaría tentado de preguntarse si la pluma de Bernardo, arrastrada por su fogosidad, no se ha salido un tanto de pista -¡cuando hasta abre las puertas del *sheol* a favor de los «condenados»!- pero donde el abad de Claraval se encuentra, quizás sin saberlo, con la intuición de varios de entre los más grandes Padres de la Iglesia, que siempre se han rehusado a poner límites a la misericordia todopoderosa de Dios<sup>94</sup>.

Abadía de Mont-des-Cats  
F-59270 GODEWAERSVELDE  
Francia

<sup>92</sup> SCt 11, 2.

<sup>93</sup> SCt 83, 1.

<sup>94</sup> Entre otros: Gregorio de Nisa, Teodoro de Mopsuestia e Isaac el Sirio.